

Hagan esto en memoria mía

Homilía en la Misa de la Cena del Señor. Iglesia Catedral, 9 de abril de 2009.

En la oración inicial de la misa, la oración que se llama “colecta”, hemos expresado el sentido de la liturgia de hoy. Decíamos allí que nos reunimos para celebrar la sagrada Cena en la que Jesucristo, antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el nuevo sacrificio de la Alianza eterna y el banquete de su amor. Le pedimos al Padre que de tan sublime misterio brote para nosotros la plenitud del amor y de la vida.

Esta referencia litúrgica nos permite apreciar que hoy celebramos el *Natale Calicis*, el origen de la Eucaristía, el sacramento de la Pascua del Señor, memorial perenne de su muerte y de su resurrección en el que se actualiza el sacrificio de la cruz y por la comunión del Cuerpo y la Sangre del Cristo glorioso se reciben los frutos de la redención. El Catecismo de la Iglesia Católica describe así esta realidad central de nuestra fe: *Al celebrar la última Cena con sus apóstoles en el transcurso del banquete pascual, Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía. En efecto, el paso de Jesús a su Padre por su muerte y su resurrección, la Pascua nueva, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino* (1340).

Con esta celebración vespertina del Jueves Santo en el recuerdo de la última Cena damos comienzo al triduo pascual; esta misa es como un prólogo del mismo, ya que asume y resume en el rito eucarístico los dos momentos del misterio: la pasión y muerte de Jesús, que recordaremos especialmente en las jornadas del viernes y del sábado, y su gloriosa resurrección, que nos llenará de gozo el domingo, precedido por la solemne vigilia nocturna. Cada vez que celebramos la misa hacemos presente el único misterio de la Pascua del Señor; en cada misa recordamos la última Cena y el Calvario, el descenso de Cristo al lugar de los muertos, su resurrección y su ascensión al cielo, su intercesión gloriosa ante el Padre. Cada misa es un sacrificio de alabanza protagonizado por Cristo y por la Iglesia que nos pone en comunión con la liturgia celestial. Si la Eucaristía tuvo su origen en la última Cena de Jesús con sus apóstoles, la misa de hoy, llamada Misa de la Cena del Señor, nos *representa visualmente* – como diría San Agustín- *el recuerdo del acontecimiento*.

Hoy parecen cobrar especial relieve estas palabras de Jesús: *Hagan esto en conmemoración mía*. Es una invitación, es la orden, de hacer memoria, de recordar su gesto y de repetirlo. Son las palabras por las que se instituye la Eucaristía. En la Biblia se habla con frecuencia de la memoria: de la memoria de Dios para con el hombre y de la memoria del hombre para con Dios; ambas se entrecruzan por referencia a un acontecimiento, a un encuentro

sucedido en el pasado y que, precisamente, se hace presente en la memoria. El acontecimiento es siempre una intervención salvífica de Dios, en virtud de la cual se establece una alianza. Se mencionan en la Sagrada Escritura las alianzas con Noé, Abraham, Moisés y David, la alianza con el pueblo que él eligió por pura misericordia como propiedad suya. Dios salva porque se acuerda, y porque se acuerda vuelve a salvar: se acuerda de la fragilidad del hombre, de sus pobres, de las promesas hechas a su pueblo, se acuerda eternamente de su alianza. Al hombre le corresponde siempre recordar las maravillas que hizo el Señor en su favor; recordar equivale a ser fiel, a permanecer en el ámbito de la alianza, a observar los mandamientos. La memoria del hombre fiel es laudante; el hombre se acuerda y alaba, sobre todo en el culto, donde se revive el acontecimiento de la salvación y se encuentran la memoria misericordiosa de Dios y la memoria agradecida del hombre. Hay una sombra: el drama del olvido; Dios es siempre fiel a sus promesas, no se olvida, a no ser, compasivo, de los pecados del hombre; el hombre sí puede caer en el olvido y esa renuncia a la memoria es su perdición.

Estos datos del Antiguo Testamento se cumplen en el Nuevo, en la Nueva Alianza pactada en la sangre de Cristo. Toda la historia de la salvación se resume cumplidamente en el acontecimiento de Cristo: en su encarnación, en su vida, su predicación, sus milagros, en su entrega y su tránsito pascual. Toda la historia de la salvación se resume y se cumple en la Eucaristía, encuentro nupcial de la memoria del Señor y la memoria de su Iglesia. La memoria eucarística es memoria del pasado, del presente y del futuro. En el sagrado banquete en que Cristo se nos da como alimento se celebra el memorial de su pasión, se nos brinda la gracia en plenitud y recibimos una prenda de la gloria futura. Cuando en memoria de Cristo hacemos la Eucaristía, el pasado y el futuro se unen en un presente que nos conecta con la eternidad; la memoria del hombre se desposa con la memoria de Dios. Del hombre en cuanto miembro de la Iglesia Esposa, convidado en ella, que es el *Cenáculo grande, en el piso alto, ya dispuesto* (Mc. 14, 15).

Comentando las palabras de la Cena: *Hagan esto en memoria mía*, decía el Cardenal Giacomo Biffi: *La Iglesia logra no olvidarse jamás de su Esposo, que “la amó y se dio a sí mismo por ella” (cf. Ef. 5, 25), justamente porque no se olvida jamás de ese pedido, la Eucaristía –en la que se alimenta y compendia toda la vida eclesial– es ante todo una providencial memoria de Cristo, una memoria tan intensa y sobrenaturalmente eficaz como para volver a presentar en la realidad y tocar con nuestras manos la adorable persona del Unigénito del Padre –por nuestro rescate Hijo único de María–; y más aún, tan vivo que nos permite ofrecer, con él, el mismo sacrificio por el que fuimos redimidos.*

La memoria de Cristo, ejercida por la Iglesia, y por la cual él se hace presente en la Eucaristía, actualiza su sacrificio y renueva su misterio, es una memoria objetiva, sacramental, que produce su efecto en virtud del rito mismo

aun cuando estemos distraídos. Pero requiere que estemos atentos, exige un eco subjetivo, una memoria de conocimiento y amor que se extienda a la vida entera. La participación eucarística nos reclama pensar en Cristo, tenerlo presente como una persona amada; según la lógica eucarística él debe ser el polo de atracción, el centro, el fin de nuestra vida. Por la Eucaristía ha de cumplirse en nosotros la experiencia del Apóstol: *para mí el vivir es Cristo* (Fil. 1, 21). De hecho, el encuentro eucarístico con el Señor es la fuente principal de su conocimiento; en ese encuentro la memoria se torna actualísima, extensiva, perdurable: es esa una cima de la experiencia cristiana.

La memoria eucarística de Jesús es preparada por la meditación orante de su palabra, cuando la lectura o la escucha del Evangelio se convierte en rumia interior, nutrición del alma, acogida del Espíritu. Esa memoria se prolonga en el ejercicio del amor. El amor fraterno es recuerdo ejercido de Cristo, contraseña del conocimiento que tenemos de él y de nuestra condición de discípulos. La Eucaristía, nacida en la tarde del primer Jueves Santo, es fruto del amor de Cristo *hasta el fin*, que hace de su libre entrega a la muerte un sacrificio de redención. En el ejercicio del amor fraterno se cumple el mandato del Señor, se sigue su ejemplo: *les he dado el ejemplo –dice– para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes* (Jn. 13, 15). Por el amor fraterno reconocemos a Cristo en los hermanos, sobre todo en los más pequeños de sus hermanos, en los que reluce misteriosa y paradójicamente el rostro del Señor. En el ejercicio efectivo de la caridad se van asumiendo afectivamente los sentimientos de Jesucristo y se aprende a conocerlo a él y al Padre. *El amor procede de Dios*, dice el discípulo que en la última Cena reclinó su cabeza sobre el pecho del Señor, *y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor* (1 Jn. 4, 7 s.). Hagan esto en memoria mía significa también *ámense los unos a los otros como yo los he amado* (Jn. 13, 34). Conocemos a Jesús con una memoria activa y actualísima cuando vivimos según el mandamiento nuevo; entonces merecemos el nombre de discípulos.

Toda la Iglesia ejerce su memoria del Señor en la celebración de la Eucaristía, pero lo hace por la mediación de los sacerdotes. Ellos reciben el poder de hacer presente el sacrificio de la redención, aquel poder que fue conferido a los apóstoles en el cenáculo y que los obispos, sucesores de los apóstoles transmiten a los presbíteros. La Iglesia necesita sacerdotes que mantengan viva en ella la memoria del Señor mediante la predicación del Evangelio, la administración de la gracia que brota de la Eucaristía y de los demás sacramentos, la entrega de ellos mismos en la caridad pastoral. Porque necesita sacerdotes, la Iglesia los pide con insistencia al Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque sabe que son un don suyo, que la vocación es una iniciativa de su gracia. Este año, el Papa Benedicto XVI nos exhorta así: *Nuestro primer deber ha de ser mantener viva, con oración incesante, esa invocación de la iniciativa divina en las familias y en las parroquias, en los movimientos y en las asociaciones entregadas al*

apostolado, en las comunidades religiosas y en todas las estructuras de la vida diocesana. Tenemos que rezar para que en todo el pueblo cristiano crezca la confianza en Dios, convencido de que el “dueño de la mies” no deja de pedir a algunos que entreguen libremente su existencia para colaborar más estrechamente con él en la obra de la salvación.

Esta plegaria eclesial es también un ejercicio de memoria agradecida, confiada y amante. Hoy la hacemos nuestra, al revivir lo que ocurrió en el cenáculo, al representar, por así decir, visualmente el recuerdo del acontecimiento.

+ Héctor Aguer
Arzobispo de La Plata